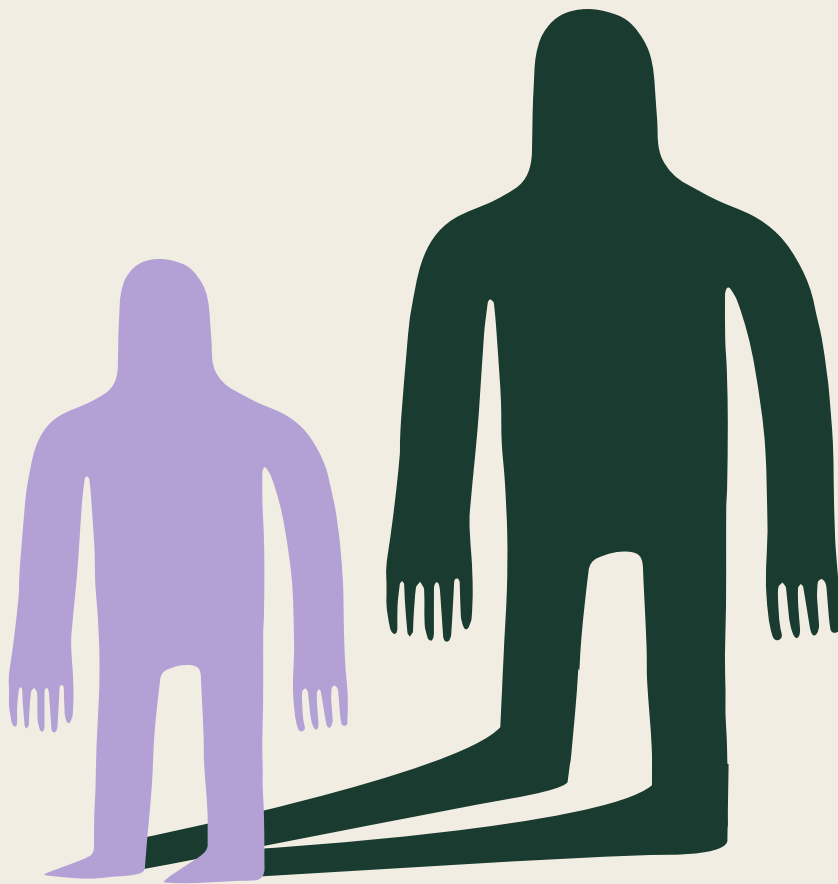


Trabajar (con) la sombra



POR EL DR. ALLAN FERNÁNDEZ

Pre-dicción

Busqué a Jung como un modo de saber más de mí, particularmente, de mi modo más velado - y a la vez presente -: el de lo espiritual.

He hecho un valioso esfuerzo por sonar como aquellos que no creen en nada. Pero no lo he conseguido. Algo en mí, cual fuerza gravitacional, me “jala” entre más intento alejarme. Soy la peor versión de ateo posible: uno que quiere entender por qué la gente cree.

Abatido por la magnitud de esta fuerza que no me permite “huir”, busqué algún espacio en el cual aprender sobre este conflicto que lleva décadas acompañándome. No había mejor autor que Carl Jung para semejante travesía. No satisfecho con obtener la titulación del posgrado, presenté un trabajo extra, gracias al cual optar por ser Miembro de la Asociación Junguiana Argentina. Acá estoy, demostrando que mi deseo de alejarme de lo metafísico no es más que un aspecto no (re)conocido de mi psique. Una parte de mi sombra...

Esto que hoy les presento son una serie de artículos -muy básicos todos ellos- en los cuales intento compartir algunos conceptos útiles, si es que ustedes,

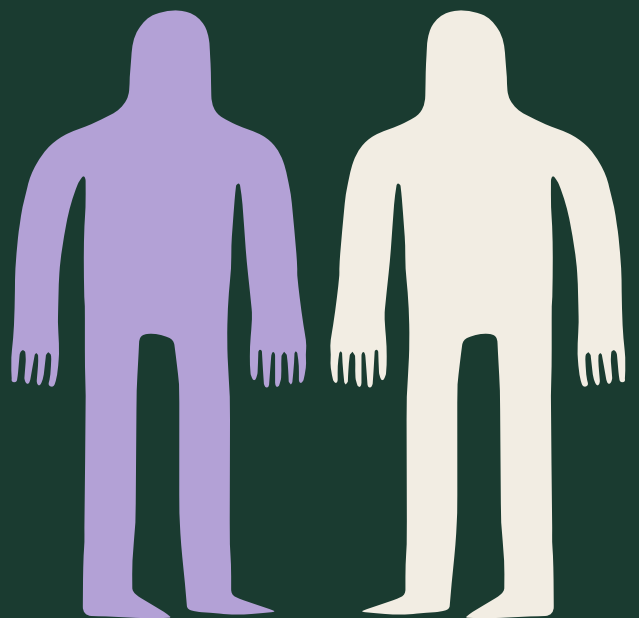
al igual que yo, andamos husmeando el universo de lo intangible, de aquello que va más allá de nuestra inteligencia racional.

Predigo que esto que hoy nos convoca nos llevará a espacios muy profundos y oscuros. Ahí donde aparentemente todas las contradicciones se resuelven. Lograremos iniciar el camino de vuelta a casa (re-ligare). Yo ya he luchado mucho y no me alejé ni un centímetro. Esto que hoy tienen en sus manos es la prueba de que, al rendirme, espero dejar de oponer resistencia a eso que siempre ha llamado mi atención.

La plenitud está vedada para todo aquel que no alcance la afinación de sus sonidos íntimos. El trabajo es dejar de verlos como opuestos y aprender a verlos como complementarios.

¿Y cómo alcanza uno esa maestría?, se preguntarán. Auto-conociéndose. No parece haber otra vía.

Con mucho cariño,
Allan.



Psicología Junguiana 101

Pocos autores en el ámbito de la psicología me han impresionado tanto como el psiquiatra suizo Carl Gustav Jung. Empecé a leerlo en la facultad, no porque nos lo recomendaron, sino más bien porque nos recomendaron no leerlo. Los textos prohibidos siempre han sido mis favoritos.

Algunos quizás sepan que Jung fue el discípulo predilecto del doctor Sigmund Freud, hasta que se “divorciaron”. Jung respetaba a su maestro (en su biografía¹ lo denomina su mayor influencia), pero amaba más buscar la verdad (al estilo de Aristóteles, quien, al ser cuestionado por la diferencia de su visión de mundo respecto a la de su maestro Platón, contestó: “soy amigo de Platón, pero soy más amigo de la verdad”). No estaba de acuerdo con la importancia que Freud le daba a la sexualidad y estaba convencido que el inconsciente no era solo ese cajón en el que se guardan todos nuestros traumas y desencuentros eróticos. Para Jung, en nuestro inconsciente se encuentra -también- eso que, una vez encontrado -trabajado, integrado- nos permitirá alcanzar el grado máximo de existencia posible, a saber, la individuación. Cada uno de nosotros, dirá el doctor suizo, cuenta con su guía interno, su maestro personal. El trabajo de la psicología junguiana es -visto de un modo simplista- aprender a “escuchar” con claridad esa voz íntima.

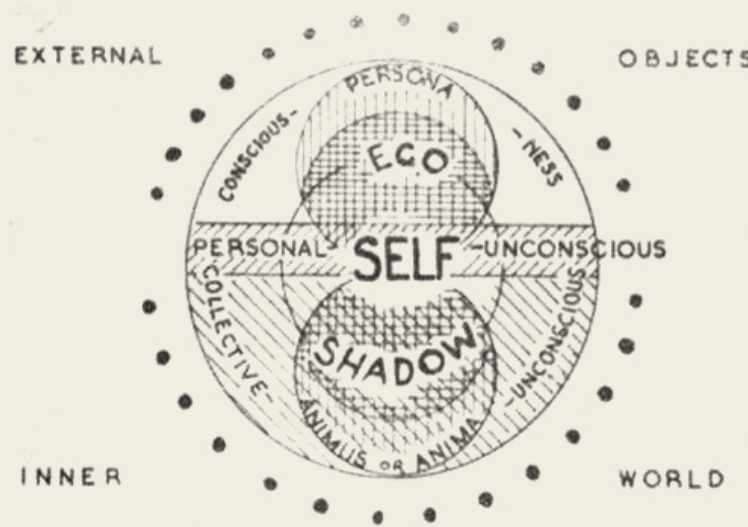
Recorrió el mundo, estudió la locura psiquiátrica, el efecto curativo de los mandalas, la potencia inquisidora del tarot, la pertinencia de la espiritualidad oriental, la alquimia, el proto-cristianismo y hasta escribió un texto en el que explica qué son realmente los OVNIS, según él. Para Jung, todas son partes de un todo... del que nosotros también somos parte.

En términos psíquicos, Carl Jung planteaba un modelo² para comprender las fuerzas que operan en nuestro interior (en el “alma” dirán algunos, yo prefiero utilizar el término “mente”, igual de complejo, pero al menos no tan metafísico), echando mano del concepto de arquetipo³ -patrón de conducta-. Utilicemos este esquema:

¹ “Recuerdos, sueños, pensamientos”

² Freud ya había ensayado dos modelos, cada uno dividido en ³ partes. “Consciente, preconsciente e inconsciente” y, posteriormente, “yo, ello y superyo”.

³ ARQUETipo, como en ARQUEología o incluso en ARCaico. Arque= origen, inicio.



Si ustedes quieren, podríamos decir que estamos viendo una mente humana desde arriba. Hacia la parte superior se encontrarían los ojos y por ende el mundo exterior y hacia abajo, nuestros aspectos más ocultos (aclaro, este no es el diagrama de un cerebro, sino el de una mente). Hacia afuera nosotros mostramos lo que él llamó la “persona” (“máscara”, en latín), esa imagen que nos permite transitar en sociedad. Es un biombo, algo que utilizamos para “esconder”⁴ nuestra verdadera naturaleza. Puesto en términos actuales, es todo lo que vemos en redes sociales. Luego nos tropezamos con el “ego”⁵, el cual, sintetizando de más, podríamos considerarlo el espacio en el que se encuentran nuestros procesos conscientes.

En el centro del diagrama encontramos el concepto de “SELF”, el punto en el que lo consciente se encuentra con lo inconsciente. Me lo imagino como una bisagra, en la que estas dos dimensiones interactúan. Podemos decir que es nuestro “SELF”⁶ el que nos aporta la experiencia de ser, de existencia. Somos nuestro “Self”, quizás podríamos concluir. No es exactamente así, ya que somos todas las partes, pero nuestro “Self” nos diferencia de todos los que no somos. “Ego” vendría siendo “consciencia” y “Self” sería “Consciencia”.

En la parte inferior del diagrama nos tropezamos con el concepto de “sombra”, el cual se encuentra totalmente enclavado en nuestra dimensión inconsciente (nuestro mundo interno). No puedo continuar sin antes aclarar algo: el inconsciente junguiano, a diferencia del freudiano, se ve enriquecido por experiencias de nuestros antepasados. Quiero decir que se diferencia del de Freud en el sentido que para el maestro vienés, nuestro inconsciente resulta de nuestras experiencias como sujetos o individuos. Jung no estaba de acuerdo. Allí donde encontramos nuestro inconsciente, aparece información que en nada coincide con nuestra historia personal. El concepto de inconsciente colectivo luego nos aportará luz al respecto.

Pues bien, los elementos necesarios ya fueron presentados, de un modo somero, por supuesto. Ahora nos toca ir de la descripción a la comprensión de sus interrelaciones, para luego, llegar al nivel de poder afectar los procesos que se gestan en nuestro interior.

Somos buscadores. Jung también lo fue, de ahí su importancia para todos nosotros.

⁴ No en el sentido de engañar, ya que también somos nuestra persona. Es simplemente un aspecto “superficial” de nuestra psique, uno visible.

⁵ En el universo junguiano, “ego” no tiene connotación peyorativa, a diferencia de algunas filosofías orientales que incluso aseguran la inexistencia de dicho componente psíquico.

⁶ Ese “Self”, una vez esculpido, nos permite alcanzar el estado último de evolución, a saber, el de individuación (la “budeidad”, el nivel “crístico”, utilizando categorías de otros universos conceptuales).

Sobre la sombra

Planteemos una idea para comprender la riqueza de la “psicología profunda”¹: ahí donde Sigmund Freud veía un inconsciente, una especie de gaveta en la que se guarda todo lo que molesta -todo lo que dolió o dolería-, C. G. Jung fue más allá. Para este psiquiatra suizo, en efecto existe un inconsciente personal (el cual guarda mucha relación con el propuesto por Freud), pero hay más compartimentos. Más gavetas, si quieren verlo así. Y esas gavetas a su vez tienen compartimentos ocultos. Estamos conectados a un inconsciente colectivo² inmemorial, que trasciende la dimensión de lo humano y además, nos toca lidiar con varios aspectos psíquicos... y con varios sujetos psíquicos³.

La mente, para Jung, es la mezcla de un ego⁴ (el cual está formado por miles de “yoes”, tema que desarrollaré en otra parte), una serie de aspectos femeninos en el hombre (“anima”) y masculinos en la mujer (“animus”) y además, un concepto altamente delicado, incluso controversial: la sombra.

Aclaremos algo: en nuestra mente todo se encuentra en pares. De cada aspecto de nuestra personalidad veremos a la par su contraparte. Puesto en términos simplistas: somos luz y somos sombra y, en nuestro interior, cada aspecto lumínico cuenta con su correspondiente versión oscura. Ahora, oscuro no es,

en este caso, sinónimo de malvado o diabólico. No, no tiene esa connotación. Es una cuestión de polaridades, eso es todo. Piensen en la electricidad: cuenta con un polo positivo y uno negativo. Sin uno de los dos, no se produce dicha presentación de la energía. Cada uno de nuestros aspectos internos, dependiendo de qué tanta influencia consiga en nosotros, nos llevará hacia la luz o hacia la sombra. Por ejemplo: alguien desea cuidar de otra persona (aspecto lumínico). Y la cuida tanto que entorpece su crecimiento (aspecto oscuro).

Nuestros aspectos en su modo lumínico nos empujan hacia el crecimiento. En su aspecto de sombra, hacia la detención, incluso hacia el peligro. Pero les pido que tengan esto presente: somos ambos aspectos. No podremos “extirpar”, a modo de tejido cancerígeno lo relativo a la sombra. Es que la sombra es parte de nosotros. Quizás, como dijo el mismo Jung en alguna de sus múltiples intervenciones al respecto, “debemos llevar luz al lado oscuro de nuestra psique”.

¿Pero qué es exactamente? Leamos directamente al autor del concepto, en dos momentos diferentes de su obra:

“la sombra personifica todo lo que el sujeto no reconoce y lo que, sin embargo, una y otra vez le fuerza,

¹ Suele llamarse “psicología profunda” a la obra de Jung, esto para diferenciarla del “psicoanálisis” freudiano. Sin embargo, hoy en día encontramos colegas que se reconocen como “psicoanalistas junguianos”.

² Suele malinterpretarse la precisión de “colectivo” en esta categoría, ya que se piensa en una especie de consciencia social, algo que encontraríamos en todos los seres humanos en un periodo dado. Aún y cuando dichas ideas compartidas son parte del inconsciente colectivo, no es a eso a lo que Jung se refería. Dicho colectivo es conformado por todos los seres vivos que han existido y existen.

³ Todos los prójimos que nos hemos topado y los que aún no conocemos.



directa o indirectamente... rasgos de carácter... y demás tendencias irreconciliables" (1939).

"la sombra es aquella personalidad oculta, reprimida, casi siempre de valor inferior y culpable" (1951).

En nuestro interior, en el mío, en el suyo, en el del hombre más santo que podamos imaginar encontraremos, más o menos presentificado, ese aspecto al que llamamos "la sombra". No hay un homo sapiens sin sombra. No sería un humano. Sería otra cosa. Nuestra sombra es suficientemente poderosa para hacernos actuar de modos que en diferentes condiciones ni siquiera consideraríamos. Es el trabajo con nuestra mente el que nos permitirá, si somos disciplinados y pacientes, integrar nuestra sombra al resto de nuestras potencialidades y rasgos internos. Recuerden. La sombra estuvo, está y estará.

Nuestra sombra es partícipe de lo que hacemos, pensamos y decimos tanto como el resto de componentes. El colega argentino Vicente Rubino lo dice de un modo contundente: "la sombra es la instancia más abismal de la personalidad, es nuestro alter ego, nuestro hermano tenebroso". Es nuestro, es de nosotros, está en nosotros. No es producido por nadie de nuestro ambiente (quizás puedan reforzarlo, pero no crearlo). Está en nosotros, no lo olviden. Todos contamos con nuestra sombra y hasta que no la reconozcamos e intentemos integrarla al resto de nuestra psique, seguiremos siendo manejados cual títeres. Y esa es una tarea de cada uno. De cada una.

Finalizo con una precisión junguiana que espero sirva de motivación para todos nosotros:

"uno no llega a la iluminación imaginando figuras de luz, sino llevando la oscuridad a la conciencia"⁵.

⁴ Junto con la "persona" y el "self".

⁵ Perdí la cuenta de la cantidad de "memes" que he visto con esta frase.

Ni ángeles ni demonios

A Carl G. Jung lo apodaban el Mago de Zurich. La anécdota es muy simpática -tierna incluso-. Alguna vez el Dr. Jung recibió en consulta a una señora que presentaba múltiples padecimientos, tanto anímicos como somáticos. Una sola sesión con el doctor le bastó para superar todos sus quebrantos. Fue su paciente (si es que podemos llamarle), la que empezó a llamarlo así. Su fama, desde ese momento, se propagó. La sugestión¹ es una fuerza muy poderosa...

Hablando de fuerzas, tal parece que toda historia en la cual aparecen fuerzas opuestas siempre capturaré nuestra atención. El universo de "Star Wars" es un buen ejemplo. La historia fue madurando... y los fans con ella. Pasamos de unos malos muy malos (e interesantes) contra unos buenos muy buenos (y aburridos), a unos malos con su lado bueno -de algún modo- haciendo las paces con unos buenos que tenían su lado no tan bueno.

Opuestas... o, más bien podríamos decir complementarias. La repetida -hasta el cansancio- imagen del angelito aconsejando en un hombro, siempre interrumpida por el diablito en el otro hombro, recomendando justo lo contrario, nos ofrece una pista que no debemos menospreciar, a saber: hay al menos dos inteligencias pujando por nuestra atención en nuestro interior.

A la cristiandad le debemos prácticamente todo lo que hoy consideramos "normal". Nuestra sociedad, nuestras leyes, nuestra relación con el placer sexual, nuestra visión del más allá, nuestra diferenciación entre el bien y el mal, provienen del canon cristiano, el cual a su vez se alimenta de historias mucho más añejas. Desde una visión en extremo simplista -soy el menos indicado para internarme en teología cristiana-, el ser humano nace en pecado, nace en el lado oscuro. Su bautismo, en tanto ritual de pasaje, le permite instalarse en el lado de la luz, hasta que, gracias a las tentaciones que va encontrando a lo largo de su vida, va poco a poco acumulando faltas -pecados-, lo cual le va alejando de la tierra prometida, el Edén, el Cielo, el Paraíso. Su destierro lo lanza a un espacio en el que irremediablemente sufrirá. El mal pareciera la prueba a superar. La tentación, podríamos decir. Vivir es una especie de prueba de resistencia en que aquellos que resistan mejor a la tentación alcanzarán ese deseado botín celestial.

¹ No estoy menospreciando la capacidad terapéutica del Dr. Jung. Es sólo que esta anécdota sucedió mucho antes de que iniciase esa travesía por los recovecos de lo esotérico y lo místico.



En ese atravesamiento por este valle de lágrimas -la realidad- encontraremos seres que nos ayudarán y otros que nos perjudicarán. Ángeles los primeros, demonios los segundos. En busca de nuestra alma -la cual aparentemente tiene algún valor-, las fuerzas del mal² harán todo lo que esté a su alcance por extraviarnos. Favor poner atención a esto: no es que nosotros nos extraviemos. Es que nos extravían. Es relevada³ nuestra responsabilidad. Somos víctimas, no agentes. Somos pasivos, no activos.

Que el diablo exista, eso no lo sé. Que poseamos “demonios” internos, espero que ya nadie se sorprenda. La ira, la envidia, la pereza, la lujuria, la glotonería, la procrastinación, el impulso a las adicciones, los nerviosismos y algunos enemigos más, muchas veces se presentan como entes que nos controlan desde nuestro interior. Parecen tener vida propia... y mucho poder sobre nosotros. Visto de este modo, todo trabajo que nos incite a luchar contra dichas fuerzas intestinas vendría siendo una especie de exorcismo. Algunas veces sólo somos el habitado por dichas instancias⁴. Otras somos el habitado y el exorcista⁵ al mismo tiempo.

Trabajar con, vérselas con nuestra sombra⁶, muchas veces se muestra como un verdadero choque de opuestos. No son pocas las veces que dicho enfrentamiento nos recuerda esas épicas batallas que aún seguimos conmemorando en los libros de historia. Es sólo que el campo de batalla tiene dos dimensiones: la interna y la externa. Ni todo se está librando en nuestra realidad, ni todo está pasando en nuestro interior.

No somos ángeles. Tampoco somos demonios. Somos humanos. Somos seres psíquicos (emocionales y racionales a su vez), pero también somos seres físicos y, por si fuera poco, también seres sociales y, en unos más que en otros, habita un anhelo de trascendencia que no tenemos claro de dónde proviene.

Quizás lo importante sea aceptar la complementariedad de dichos impulsos...

² “The great deceiver”, suelen llamar al diablo.

³ Mala lectura la que responsabiliza a nuestro inconsciente de nuestros actos.

⁴ Dichas instancias son nuestras, no lo olviden. Son tan nuestras como aquellas que sí apreciamos: el altruismo, la compasión, el amor, la caridad, etc.

⁵ Quizás los exorcistas no sean más que las versiones arcaicas de lo que hoy conocemos como terapeutas y/o sanadores.

⁶ En realidad no es una sombra, en singular. Eso sin duda haría las cosas más sencillas.

Amar al otro... y su sombra¹

Pocos espacios son tan propensos a desnudar nuestros lados oscuros como nuestras relaciones. La cantidad de proyecciones a las que somos sometidos -y las que nosotros por nuestra parte “disparamos”- más parece una escena de película de acción que un espacio de paz, luz y armonía.

Para el psicoanálisis junguiano, nuestra pareja -y en otra medida nuestros familiares, amigos, colegas, vecinos, etc.- se presenta como esa pantalla en que me re-encuentro con mi sombra. Existen aspectos los cuales desconozco hasta que me doy a la tarea de convivir con un otro. El espacio compartido se convierte en un laboratorio psíquico en el cual mis límites y ruidos van surgiendo conforme van destiñéndose los aromas, sabores y colores propios del enamoramiento.

Primero, algo elemental. En el universo de los arquetipos, encontraremos dos fundamentales: “animus” y “anima”. La sombra de un hombre es masculina y la sombra de una mujer es femenina. Sin embargo, en cada ser humano se encuentra su complemento. Existe una parte femenina en el

hombre y una masculina en la mujer. El “animus” contiene los aspectos masculinos en la psique de la mujer. En el hombre será el “anima” el reservorio de todo aquello femenino en él. Lograr, no solo la unificación sino la correcta relación de fuerzas entre uno y otro apartado psíquico nos permitirá alcanzar un grado de existencia vital deseable. Jung llamaba a esta meta la consolidación del “sí mismo”². En términos gráficos, el sí mismo vendría siendo el centro del mandala³, donde todo confluye y de donde todo parte.

Podríamos pensar que basta calibrar nuestra parte femenina -en el caso de los hombres- y la masculina en las mujeres para alcanzar el tan deseado proyecto de pareja que todos andamos persiguiendo. Pero no es así. Recuerden que nosotros cargamos sombras... y nuestra pareja también. Y, por si fuera poco, al inicio de una relación, es materialmente imposible observar ese aspecto en el otro. Es que, como bien plantea Johnson, el otro, en el enamoramiento, se presenta como una deidad⁴. Los dioses y las diosas no tienen fallas, no cargan carencias, no cuentan con defectos⁵.

¹ Para este artículo me alimenté de un par de reflexiones del colega Robert A. Johnson, adobadas con una o dos ideas propias, extraídas de la clínica.

² El “SELF”, al que hemos hecho referencia en páginas anteriores.

³ En el budismo tibetano encontraremos impresionantes ejemplos. Y su connotación, el por qué los llevan a cabo y los borran luego, es también una enseñanza invaluable, en términos de desapego.

⁴ De ahí ese brillo que nos ciega y seduce al mismo tiempo. Estamos en presencia de un Ser de otra dimensión.

⁵ Las deidades helénicas y romanas sí, lo cual quizás las vuelven más interesantes. Ya me referiré a esto en otro escrito.

Amar a alguien, según Jung, es proyectar⁶ nuestra parte más sublime. Esto no significa que el otro no cuente con atributos deseables y rasgos valiosos. Es sólo que de entrada utilizo⁷ su presencia para ver algo que se esconde en mi interior. Para ver lo divino en el otro debo poder atravesar las sombras propias que me impiden ver eso en mí.

En teoría junguiana se hace referencia, con mucha frecuencia, al oro oculto⁸. Debajo de esos sitios donde aseguramos no encontrar nada valioso, si trabajamos con paciencia y dedicación, veremos aparecer eso que siempre buscamos. La piedra filosofal de la que tanto nos hablan en sagas fantásticas. Sin embargo y desafortunadamente, lo opuesto también sucede. Detrás de esa imagen idolatrada de la que nos enamoramos, encontraremos aspectos oscuros incluso ocultos para quien los carga. Recuerden que en el universo junguiano todo funciona en pares: no hay brillo sin opacidad.

Enamorarse⁹ es un verdadero salto al vacío. Saltamos hacia lo desconocido... lo desconocido en el otro y lo desconocido en nosotros. Y -lo siento de antemano- tendremos que atravesar la des-ilusión, ya que es imposible ser pareja de una deidad. Necesitamos que ese otro se vuelva humano¹⁰. Para Jung, Dios no es algo que se pueda amar, sino conocer¹¹. El amor queda desterrado al universo de los humanos.

Esa desilusión es la puerta que nos permite habitar el espacio del amor. Requerimos que el otro se presente en su dimensión humana. Requerimos además ir al encuentro de ese "ángel caído" conociendo todo aquello que, a falta de integración, problematiza nuestra experiencia existencial. Podemos amar al otro en la medida que podamos amar su sombra... y la nuestra.

⁶ Recuerden que de nuestra sombra llegamos a tener noticia gracias a las proyecciones que nuestra psique lleva a cabo.

⁷ De modo inconsciente.

⁸ Referencia directa al proceso alquímico, mismo que Carl Jung estudió con ahínco.

⁹ "Falling in love", en inglés.

¹⁰ Siempre lo fue, aunque al inicio lo neguemos.

¹¹ De ahí su famosa respuesta: "I don't believe in God. I know".

De dioses y fuerzas

¿Se han preguntado alguna vez por qué los antiguos gustaban adorar tantos dioses? El por qué del politeísmo tiene varias explicaciones. En su visión animista¹ de la realidad, todo aquello que los afectaba, para bien o para mal, se terminaba convirtiendo en una deidad. Algunas amigables, otras atemorizantes. El sol, la lluvia, el frío, la tormenta, la muerte, todas fuerzas imposibles de comprender y menos aún de controlar. ¿Su solución? Adorarlas. Ofrecerles sacrificios. Intentar persuadirlas.

En la Antigua Roma y antes aún, en el Imperio Helénico², se pensaba que los dioses pasaban pendientes de las acciones de sus creaciones, entendiéndose seres humanos. A casi 3000 metros sobre el nivel del mar, en la cúspide del Monte Olimpo, los dioses griegos se entretenían y hasta algunas veces sufrían y se encolerizaban con las decisiones de los hombres y las mujeres. Los humanos intranquilizaban a los dioses, ya que no siempre hacían lo que se esperaba de ellos.

En el Panteón Romano, sendas discusiones y enfrentamientos se llevaban a cabo, a diario, entre diversas deidades, ya que no siempre éstas coincidían en los objetivos trazados para sus criaturas. Habían dioses más violentos, otros más benevolentes, estaban

los que se arrepentían de sus creaciones y los que ayudaban a los humanos a sortear dificultades y pruebas.

Zeus³, Poseidón⁴, Afrodita⁵ y Apolo⁶, entre otros, pasaban su vida -inmortal- chocando, discutiendo, traicionando y algunas veces concertando, ya que sus objetivos no siempre eran compartidos por el resto de deidades. Habían dioses más iracundos y otros más solemnes. Estaban los virtuosos y los libidinosos. El sitio en el que moraban los dioses, tal parece, era un verdadero espacio de confrontación. Algunos convencían gracias a sus argumentos. Otros transaban con otros para conseguir sus cometidos.

El que los dioses suelen ubicarse en la parte más alta⁷ de la tierra nos ofrece una pista interesante. Si tomamos todo esto como una metáfora, pensemos por un momento, ¿cuál es la parte más alta del ser humano?. Sí. Pensó usted bien. La cabeza es nuestra parte superior. Si cada uno de nosotros fuera un universo -lo somos, en realidad-, los dioses deben estar enquistados en algún lado de nuestra parte más alta. Ya podrán entender por qué, cuando no podemos decidir entre dos caminos, solemos -de modo involuntario- tomarnos la cabeza.

¹ Primer estadio de comprensión, según Freud.

² Grecia.

³ "Júpiter" para los romanos.

⁴ "Neptuno" según la mitología romana.

⁵ Venus.

⁶ El dios de la música y la medicina no vio transformado su nombre, al pasar de Grecia a Roma.

⁷ En el judeocristianismo la fórmula se repite: Dios está en los cielos.

Nuestra cabeza, nuestra mente, está llena de fuerzas. Algunas nos enseñan sus agendas, otras se mantienen en secreto. Estamos habitados de miles de “yoes” -arquetipos, en clave junguiana-, los cuales, siento comunicarlo, no siempre se ponen de acuerdo. El hecho de que podamos ver algo con extrema claridad en un momento, para luego, en el instante siguiente observa el mismo escenario como uno caótico y sinsentido, bien podría explicarse a la luz de todos esos dioses que pugnan por controlarnos. Es que, hay dioses “buenos”... y dioses “malos”.

El universo de los arquetipos es infinito -como infinita es la mente humana-. Cada vez que descubrimos uno en nuestro interior, habrán miles que ignoramos⁸. Uniendo esta idea al universo del Tarot⁹, todos poseemos fuerzas locas, otras más marciales, algunas más intelectuales, otras más pasionales, las habrán que buscan orden, otras tienden hacia lo caótico. Unas buscan deshacer y otras unir.

En algunas situaciones dudaremos como El Mago, en otras saltaremos libremente como El Loco. Nos enfrentaremos a eventos en los que tendremos que

aceptar el movimiento propio como en El Carro y no faltarán momentos en que careceremos -o debamos echar mano- de La Fuerza. Quizás existan temporadas donde debamos alejarnos como El Ermitaño o inventar salidas creativas como El Diablo. Habrán días en que estaremos gobernados por las fuerzas taciturnas de La Luna y en otras ocasiones contaremos con tanta energía, que incluso podremos compartirla con otros, tal como lo viene haciendo el dios Sol, desde el inicio de la historia. Vendrán momentos de total renovación (La Muerte) y otras en que debamos intentar ver las cosas desde otra perspectiva (El Colgado).

Si la tarea existencial del humano es alcanzar un nivel óptimo de integración de dichas “fuerzas”, requerimos conocer y trabajar aquellos aspectos complementarios, los cuales se albergan en nuestro interior. Debemos hacer las paces con nuestros “dioses” no favoritos. Ponerlos a trabajar a nuestro favor. Volverlos aliados. Es que, de continuar negando ese sector “oculto”, el destino no será otro más que el desconcierto.

⁸ Esto nos recuerda los avances en astronomía. Asistimos al espectáculo de descubrir una galaxia, sólo para confirmar que deben existir muchas más desconocidas que conocidas por el hombre.

⁹ Mismo que tanto interés a Carl Jung.



